**EL LLANTO DE LA AMBULANCIA.**

A la cena fría le siguió un aullido feroz,

y al aullido un chasquido de dentro,

y de dentro me derramé hacia afuera.

En la noche, tu cuerpo caliente

se desbordó sobre mi grito sordo,

y sordo escuchó mi propio pulso,

y me dejé hacer y se deshice.

Del labio me brotó una amapola,

y del madero de mi costado suspiró una lavanda,

y de mi cuello me colgó una plegaria,

y la voz se me murió en la garganta.

Al silencio le siguió

el llanto de la ambulancia,

y la velocidad me trajo a la cabeza tu cara,

y de camino me dolió la cabeza y la cara,

y de camino me dolió cada calle

y todo lo que callé en cada intento.

El frenazo me mordió los pulmones,

y me olvidé de las flores,

y antes de volver a odiarte

me olvidé de cómo respirar

Y en la camilla me dejé olvidada la vida.

**Cristina García, *Palabras en silencio, 2019***

**EL GRITO DEL ASCENSOR.**

La mujer obediente respira con cuidado

De que no se le caiga otro moratón al suelo.

La cama sigue sin hacer.

La sangre sigue muerta en el lavabo.

El miedo sigue atrincherado en el cuerpo.

La mujer obediente está harta.

Le queman por dentro los golpes desde fuera,

se ve desde fuera le corazón abierto por dentro,

como un alma flotante sobre el muerto,

y muerto lleva el amor por sombrero.

La mujer obediente se cansa,

Vuelca toda su fuerza en la maleta

y echa cuatro cosas y entera el alma

y coge la puerta y la arranca

y se va con viento fresco y pasos de pluma

por si se cruza con el malvado en la entrada.

Y antes de dar un portazo

y sacarse los besos de la boca partida,

el grito del ascensor la retiene,

y suplica y se disculpa,

y el silbido del verdugo busca su oído

como réquiem de una muerte anunciada.

La mujer obediente toca su jaula

y cierra las alas.

Sus labios se tensan,

sus manos le pesan,

su estómago le pide una tregua.

Y a punto de cruzar la frontera,

la mujer obediente

se queda con ganas de ser extranjera,

se pone la vida entre los dientes

y entra de nuevo con la pena a cuestas.

Cristina García